

Juan Carlos Finlay en el año del centenario de su muerte

El 20 de agosto de 2015 se cumplieron 100 años del fallecimiento de Carlos J. Finlay, ocurrido en su casa de la calle G del Vedado a los 81 años de edad. Había tenido una vida agitada y útil desde que abriera los ojos el 3 de diciembre de 1833. Nació en una colonia férreamente uncida a la corona de España pero su estirpe venía de más lejos, de las heladas tierras de Inverness en Escocia y también de las más cálidas del Languedoc francés, por eso tuvo siempre una mirada que se adelantaba a su espacio y a su tiempo con una verdadera vocación universal.

A un siglo de distancia, y aun cuando el desarrollo científico de Cuba ha sido vertiginoso en las últimas décadas y se han destacado personalidades que han alcanzado talla internacional, Finlay es el hombre de ciencias de mayor trascendencia en la historia de nuestro país, cuya extraordinaria obra aportó tantos beneficios a la humanidad que todavía hoy siguen siendo incalculables.

Su vida estuvo marcada por su época de la que supo extraer las influencias mejores. Fue contemporáneo de importantes figuras que delinearón el pensamiento político, económico y social de la colonia; asistió a la convulsionada historia de la Europa del siglo XIX donde ya tenían un lugar las ideas de Carlos Marx y Federico Engels, estudió en los Estados Unidos pocos años antes de la guerra civil, presenció la repercusión inmediata de las teorías de Darwin, fue coetáneo de Virchow, Koch, Pasteur, Laveran, Lister, Claude Bernard y muchos otros renombrados descubridores, conoció a los grandes clínicos franceses y estuvo en las lecciones del genial Armand Trousseau, vivió el arte de los grandes músicos, pintores y literatos inmortales, coexistió con los próceres de la independencia patria y participó en el nacimiento de nuestra nacionalidad desde su posición de reconocido científico pues no hay forma alguna de separar su nombre del amado gentilicio de cubano.

Todas las experiencias las trajo una y otra vez en su equipaje para ir dotando sus conocimientos desde múltiples inquietudes y oportunidades. Relacionamos su obra con la fiebre amarilla pero su espectro es mucho más amplio y va desde el estudio del cólera, la lepra, determinadas técnicas quirúrgicas para las cataratas o la hernia inguinal estrangulada, la primera descripción del bocio exoftálmico en Cuba, la cirugía del cáncer, el papel de los ejercicios físicos en la salud y muchos otros, hasta aventurarse en temas concernientes al clima o a las teorías de la gravitación.

Fue sin dudas el estudio de la fiebre amarilla, un mal que causaba miles de muertes y retrasaba el desarrollo de regiones enteras, y su observación del papel del mosquito *Aedes aegypti* en la propagación de la enfermedad, lo que lo convirtió en la celebridad que admiramos hoy. Al estudiar la etapa de su vida en la que llegó a esas conclusiones nos encontramos a un hombre que tuvo que desecher con valentía sus conceptos y entrar en un camino desconocido lleno de obstáculos, incomprendiones y fracasos. Después de ganar la batalla contra sí mismo salió a enfrentar al mundo con su verdad debajo del brazo. El 14 de agosto de 1881, a las ocho de la noche, frente a once miembros de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, explicó su tesis sobre el mosquito hipotéticamente considerado como agente transmisor de la fiebre amarilla.

Quien se asoma al restaurado salón de sesiones de la Academia de Ciencias en la Habana Vieja e imagina los sucesos de aquel día solo puede quedar sobrecogido de emoción. Un hombre de mediana edad vestido de negro expone con naturalidad, aunque transido de una ansiedad que nadie nota, la teoría más importante de su tiempo sobre las enfermedades infecciosas.

Está escribiendo la Historia y ninguno de los que escuchan se da cuenta.

Lo que ocurrió después es conocido: casi veinte años de rechazo a las propuestas del ilustre cubano y el triunfo definitivo de sus ideas en medio de circunstancias trascendentales para Cuba; también el intento de arrebatar su gloria imposible de consumir por la contumacia científica y ética de su inmensa obra.

Con el ocaso de la dominación española tuvo la posibilidad de consagrar su sabiduría al servicio de la nación al ser nombrado jefe superior de sanidad de la naciente República. Aceptó el cargo ante la insistencia del gobierno y desde esa posición dedicó sus esfuerzos a poner en práctica las medidas necesarias para la erradicación de la fiebre amarilla y otros graves problemas de salud. Va uniendo a su alrededor a destacadas figuras que constituirán la escuela de higienistas cubanos.

Finlay era un hombre generoso: Interpuso la J en su firma cuando su hijo Carlos se hizo médico para evitar confusiones con la rúbrica de ambos. Esta acción lo caracteriza. Se llamaba en realidad Juan Carlos, tal como está recogido en el asiento del libro parroquial de su natal Camagüey. Era un hombre de familia, sencillo, estudioso, desinteresado, culto, humano, discreto y humilde; lo describen también como enérgico, perseverante, tenaz, acusioso, ripostante en el debate e intransigente en la defensa de sus convicciones. Fue amante del ajedrez, de las caminatas, de la música clásica y la ópera, de la botánica, la física y las matemáticas, dominaba varios idiomas y era un cristiano devoto.

La vida de Finlay, a cien años de su muerte, sigue siendo una lección para todo el que se adentra en la profesión médica y en la investigación científica. Su pensamiento es de una vigencia sorprendente y una fuente de inspiración para el debate actual entre visiones opuestas sobre la atención sanitaria. Cuando estudiando el cólera y la fiebre amarilla caminaba por las irrespirables calles de La Habana de entonces, en 1879, expresó: "La medicina no puede circunscribir su objeto al solo tratamiento de las enfermedades y a la prevención de epidemias, sino que es mucho más integral, pues debe ocuparse de la creación de condiciones óptimas para que el ser humano pueda disfrutar de su salud".

La Escuela Latinoamericana de Medicina rinde homenaje al eminente sabio cubano y universal con la confianza de que en sus aulas se estén formando los nuevos Finlay que en estos tiempos convulsos y difíciles la humanidad necesita.

*MSc. Dr. Damodar Peña Pentón
Médico Especialista de 2do. Grado en Medicina General Integral.
Máster en Educación Médica, Profesor Auxiliar.
Departamento Medicina General Integral.
Escuela Latinoamericana de Medicina.*